

— La historia, signor Mercurio, la historia.

— Héla aquí, excelencia.

Salté fuera del lecho, me puse un pantalon, me calcé las chinelas, me senté á una mesa, donde acababan de servirme huevos frescos y té, é hice seña á Mercurio de que ya era todo oidos.

GELSOMINA.

El signor Mercurio habia nacido en la aldea de Carini, y esperaba que en conmemoracion del honor que reportaba á aquella aldea haber dado nacimiento á un hombre tal como él, le erigiria despues de su muerte, sobre la montaña que la domina, una estatua del tamaño de la de san Carlos Borromeo en Arona.

Era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, aunque sus cabellostordos y su barba sembrada de pelos argentinos, pudieran hacer calcular que tenia de cuarenta y cinco á cincuenta; pero, como él mismo decia, aquellas señales de vejez prematura eran debidas mucho menos á la edad que á la fatiga del espíritu y al trabajo de la imaginacion. Era en efecto un oficio muy trabajoso y que exigia una continua tension del pensamiento, el que ejercia desde su juventud; decimos desde su juventud, porque la condicion que habia abrazado era el resultado, no de una sugestion extraña, sino de una vocacion personal.

A los veinte y cinco años il signor Mercurio era un buen mozo, gozaba ya una reputacion merecida en toda

la Sicilia, aunque se llamase todavía simplemente Gabriello, del nombre del ángel Gabriel, á quien su madre habia tenido una devocion enteramente especial durante su embarazo : así tenia la pretension de que mas de una gran dama habia sentido alguna vez que no presentase por su cuenta las declaraciones que hacia por cuenta de otro.

Un dia, era el de las fiestas de Santa Rosalia, el príncipe de G... le envió á llamar. Como el príncipe de G... era uno de los mejores parroquianos de Gabriello, este se apresuró á ir al palacio : apenas llegó fué introducido.

— Gabriello, le dijo el príncipe dejando á un lado todo circunloquio inútil y entrando de pronto en la materia, habia ayer en el carro de Santa Rosalia una jovencita de diez y seis años, sobre poco mas ó menos, bella como un ángel, de hermosos ojos y cabellos magníficos. ¿No podrias decirla dos palabras de mi parte?

— Cuatro, excelencia, respondió Gabriello ; pero describidme algo mas la persona á quien debo dirigirme. ¿Dónde estaba colocada? ¿Estaba entre los ángeles que llevan las guirnaldas en el primer piso, ó entre los que tocan la trompeta en el segundo?

— Querido, no puede haber equivocacion : era la que representaba la Honestidad, que tenia una lanza en la mano derecha y un broquel en la izquierda, y estaba de pié detrás del cardenal.

— ¡ Diamine ! excelencia, no teneis mal gusto.

— ¿La conoces?

— Conozco á todas las mujeres de Palermo.

— ¿ Quién es ?

— La hija única del viejo Mario Capelli.

— ¿ Y cómo se llama ?

— Se llama Gelsomina.

— Pues bien, Gabriello, quiero á Gelsomina.

— Será cosa larga, excelencia, será caro.

— ¿ Cuántos dias ?

— Ocho.

— ¿ Cuántos ducados ?

— Cincuenta.

— Sean los ocho dias y los cincuenta ducados. Estamos hoy á 19 de julio ; te espero el 27.

Y el príncipe, que sabia se podia descansar sobre la exactitud de Gabriello, esperó tranquilamente el momento fijado.

El mismo dia puso Gabriello manos á la obra : su primera visita fué para el capuchino que confesaba á Gelsomina, que se llamaba fray Leonardo.

Era un anciano de sesenta y cinco años, de blanca barba y fisonomía severa ; de modo que Gabriello, antes de abrir la boca, conoció que la negociacion emprendida era mas difícil de llevarla á cabo que habia creido. Le dijo que iba á nombre de un tio de la jóven que teniendo bienes queria mejorarla, si lo que se decia de su virtud era cierto. El resultado de los informes dados por el capuchino, fué que Gelsomina era un ángel.

Por lo demás, como es siempre por allí por donde empiezan los confesores, Gabriello no se inquietó mucho por los malos informes que este le habia dado de Gel-

somina. Se disfrazó de judío, tomó las alhajas mas bonitas que pudo procurarse, compuso con ellas una especie de estuche, y en un momento en que el anciano Mario estaba fuera, entró en la casa de la jóven para ofrecerle sus mercancías. En cuanto Gelsomina supo que era pedrería lo que iba á enseñarle, rehusó hasta el verlas, diciendo que no era bastante rica para desear semejantes cosas. Gabriello la dijo entonces que cuando se tenían diez y seis años, y siendo bella como ella lo era, podia desearse todo y tenerse todo; dichas estas palabras, abrió el cofrecito y puso ante sus ojos bastantes diamantes para trastornar la cabeza á una santa; pero Gelsomina apenas miró al estuche, y como Gabriello insistiese, entró en la habitacion inmediata, y volvió á salir un instante despues con una corona de jazmines y siemprevivas. Mirándose con coquetería en un espejo:

— Mirad, dijo, aquí teneis mis diamantes, Gaëtano dice que estoy bella con esto, y mientras él me encuentre bella así, no desearé otra cosa. Ahora mi padre va á volver, acaso encuentre mal hecho que yo os haya recibido en su ausencia; así, creedme, retiraos.

Gabriello no insistió; para la primera visita no queria espantarla. Por otra parte, sabia lo que deseaba saber: Gelsomina no era coqueta, y amaba á un jóven llamado Gaëtano.

Volvió á casa del príncipe de G...

— Excelencia, le dijo, vengo de ver á Gelsomina; es mas difícil y mas cara que lo que creia, necesito quince dias y cien ducados.

— Toma el tiempo y la plata que quieras, pero consíguelo; eso es todo lo que pido.

— Lo conseguiré, excelencia.

— ¿ Puedo contar con ella?

— Como si la tuviéseis, monseñor.

Gabriello conocia bastante su sociedad para comprender que cerca de la jóven nada tenia que hacer. Tomó pues, otro rumbo.

Tratábase de descubrir al señor Gaëtano. La cosa no era difícil: Gabriello alquitó una habitacioncita del primer piso en la casa situada frente á la que habitaba Gelsomina, y aquella misma noche se puso de centinela detrás de la celosía.

A medida que la hora avanzaba, la calle quedaba mas y mas desierta. A media noche estaba completamente solitaria; á las doce y media un moceton pasó y volvió á pasar muchas veces; por fin, viendo que todo estaba tranquilo se detuvo, sacó una bandola de debajo de la capa y se puso á cantar la cancion de Meli:

Oechiuzzi neri.

Al terminar la estrofa, la celosía del primer piso se levantó suavemente y Gabriello vió aparecer la linda cabeza de Gelsomina con su corona de jazmines y siemprevivas. El jóven subió al punto sobre un guardacanton y la cogió una mano que besó, mas á esto se limitó todo. Despues de dos horas de protestas de amor el mas casto y puro, la celosía volvió á caer. El jóven permaneció aun un instante suplicando; pero la manita

volvió á salir sola á través de la ventana, y despues de haber sido besada veinte veces, se retiró tambien. Vano fué entonces que Gaëtano rogara y suplicara. Gabriello oyó el ruido de la ventana que se cerró. El jóven ne vez de estar reconocido á lo que se habia hecho por él, saltó á tierra con un movimiento de despecho. Gabriello pensó que iba á retirarse; bajó, pues, al momento. En efecto, en el momento en que abria la puerta, el jóven volvia la esquina de la calle. Gabriello marchó detrás de él.

Tomó por la calle de Toledo, por donde siguió hasta la plaza de la Marina, luego fué á lo largo del muelle, y entró en una casita situada orilla del mar. Gabriello para reconocerla hizo una cruz en la casa con piedra roja, y volvió tranquilamente á su casa.

Al dia siguiente conocia ya á Gaëtano lo mismo que conocia á Gelsomina. Era un arrogante mozo de veinte y cuatro á veinte y cinco años, de profesion pescador, de un carácter apático y poco sociable, y tan preocupado con el arreglo de su persona, que sus camaradas no le llamaban mas que el presumido.

Desde aquel momento Gabriello adoptó su plan.

Fué á ver á la mas diestra y mas linda niña que podia haber en Palermo : era una catanesa á quien habia seducido un marqués siracusano, el que la abandonó despues de haber vivido cerca de un año con ella. Durante aquel año habia adquirido ciertas maneras de gran señora; era todo lo que necesitaba Gabriello.

Alquiló una pequeña habitacion, pero elegante, en uno de los mas bonitos barrios de la ciudad. Alquiló por

un mes los mas lindos muebles que encontró; fué á buscar su catanesa, la condujo á la habitacion, le dió por doncella á una jóven que era querida suya; luego, una vez instalada, la enseñó la leccion. En todo esto empleó ocho dias.

El noveno era domingo; aquel dia habia funcion en una aldea próxima á Palermo llamada Belmonte; Gelsomina fué á aquella fiesta con tres ó cuatro amigas suyas. Gaëtano no habia llegado todavia; pero buscando por todos lados á aquel por quien ella habia ido, los ojos de Gelsomina se fijaron en un barco todo lleno de cintas, y en la popa del que flotaba un pabellon de seda; era la lancha de Gaëtano que atravesaba el golfo, y que iba de Centellamare á la Bagheri. Llegado á la costa, Gaëtano amarró su lancha y saltó á la orilla : llevaba un traje sencillo de pescador, pero su gorro frigio era del mas vivo color de púrpura, su chaqueta de terciopelo estaba bordada como un caftan árabe, su faja de mil colores era de la mas bella seda de Túnez; en fin, su pantalon plegado era de la mas fina tela de Catania. Todas las jóvenes al descubrir al bello pescador, arrojaron un grito de admiracion, Gelsomina sola permaneció muda: pero se sonrojó de orgullo y de placer.

Gaëtano fué todo de Gelsomina; y sin embargo, por mas que pareciese orgulloso de ella como ella lo estaba de él, las miradas del bello jóven no dejaban de extrañarse de la modesta jóven para dirigirse á las nobles damas que habian acudido de las vilas inmediatas, por ver aquella fiesta popular en la que se desdeñaban tomar parte. Muchas de entre ellas repararon tambien á Gaë-

tano, y se le enseñaban con el dedo, con esa naturalidad de las mujeres italianas que se paran delante de un buen mozo, á quien miran como mirarian á un perro bonito ó un buen caballo. Gaetano respondió á sus miradas con una mirada de desden; pero en aquella mirada de Gaetano habia por lo menos tanto deseo como orgullo, y se comprendia fácilmente que hubiera dado cualquier cosa por ser el amante de una de aquellas altivas bellezas que en apariencia parecia aborrecer.

Gelsomina no veia mas que una cosa, y es que su Gaetano era el rey de la fiesta, y que la tenian envidia de que fuese amada por el bello pescador; y juzgando el corazon de su amante por el suyo era feliz.

Gaetano propuso á Gelsomina y á sus amigas llevarlas en la lancha. Las jóvenes aceptaron, y mientras que un hermano menor de Gaetano, niño de doce años, guiaba el timon, el bello pescador sentado en la proa, tomó su bandola, y en aquella hermosa noche, bajo aquel cielo magnifico, sobre aquella mar azulada, se puso á cantar las mas dulces canciones de Meli, el Anacreonte siciliano.

Así abordaron cerca de la cabaña de Gaetano; en seguida amarró su lancha. Las jóvenes desembarcaron. El bello pescador acompañó á Gelsomina y dos de sus compañeras que vivian en el mismo barrio que ella, hasta el extremo de la calle que habitaban; luego, llegados allí, las dejó, y Gelsomina entró con una de sus amigas, que, un instante despues, salió acompañada á su vez de la anciana Assunta, nodriza de Gelsomina.

Gabriello se habia colocado en su puesto á la misma

hora que la vispera; vió á Gaetano pasar y volver, detenerse y hacer la señal. Como la vispera, los dos amantes conversaron hasta las dos de la madrugada, y del mismo modo que el dia anterior su conducta fué casta y pura, y sus caricias se limitaron á algunos besos depositados en las manos de Gelsomina.

Gaetano no dudó ya que se veian así todas las noches; pero tampoco dudó que á pesar de aquel pasatiempo, Gelsomina era digna de representar la diosa de la Honestidad en el corso de Santa Rosalia.

Al dia siguiente, cuando Gaetano iba á su cita habitual, una mujer cubierta con un largo velo negro se le acercó y le deslizó un billete en la mano. Gaetano quiso preguntarla, pero la tapada puso por encima de su velo el dedo en la boca en señal de silencio, y Gaetano admirado la dejó retirarse sin hacer un movimiento para detenerla.

Gaetano permaneci6 un momento inm6bil en el sitio en que estaba, dirigiendo sus ojos del billete á la tapada y de esta al billete; luego, aproximándose vivamente á una Madona, delante de la que ardia una lámpara, leyó ó mas bien devoró las pocas líneas que el papel contenia. Era una declaracion de amor que no tenia mas firma que estas palabras, cuyo efecto por lo demás fué mágico para Gaetano: *Una de las mas principales damas de Sicilia.*

Además se le decia que si estaba dispuesto á corresponder á aquel amor, encontrarira al dia siguiente, á la misma hora y en el mismo sitio, la misma tapada que le conduciria cerca de la desconocida á quien la violencia

de su pasión obligaba á dar aquel extraño paso cerca de él.

A aquella lectura, el rostro de Gaetano se iluminó con una orgullosa alegría, levantó la cabeza, la meneó, y respiró como un hombre que llega de repente, y en el momento que menos lo esperaba, al fin que hacia largo tiempo se habia propuesto; luego, aunque habia pasado la media noche, permaneció todavía un instante pensativo, de pié y con los brazos cruzados delante de la Madona, leyó segunda vez el billete, le guardó en el bolsillo del pecho de su marinera, y tomó la calle que conducia á casa de Gelsomina.

Aunque no habia sonado ninguna señal, la pobre niña estaba en su ventana; era la primera vez, desde que Gaetano la habia dicho que la amaba, que Gaetano se hacia esperar.

Al fin apareció, no ya tierno y diligente como de costumbre, sino contrariado, inquieto, preocupado. Varias veces Gelsomina aperebiéndose de su preocupacion le preguntó qué pensamiento le atormentaba. Gaetano dijo que estaba indispuerto, padeciendo, y que si al dia siguiente no se sentia mejor era posible que no fuese.

A la vista de aquel temor de Gelsomina olvidó todo lo demás; preciso era en efecto que Gaetano estuviese muy enfermo para no tener la fuerza necesaria para ir á ver á Gelsomina, á quien hacia un año iba á ver diciéndola él mismo que acaso, como la salud era en él inalterable, consistiria en eso que exagerase los dolores que experimentaba, y que en todo caso haria imposibles por ir á la hora acostumbrada.

Los jóvenes se separaron; por la primera vez Gelsomina cerró su ventana con una opresion de corazón desconocida para ella hasta entonces. Gaetano al contrario, á medida que se alejaba de Gelsomina se sentia mejor y respiraba mas libremente. Mal acostumbrado todavía á fingir, su disimulo le ahogaba.

Al dia siguiente, á la misma hora y en el mismo sitio, Gaetano encontró la misma mujer; al verla toda la sangre refluyó hácia su corazón, creyó que iba á morir. La mujer se aproximó á él.

— ¡Y bien! le dijo, ¿estás decidido?

— ¿Tu señora es joven? preguntó Gaetano.

— Veinte y dos años.

— ¿Es bella?

— Como un ángel.

Hubo un momento de silencio durante el que el bueno y el mal genio de Gaetano se entregaron en su interior á un combate terrible: en fin el mal genio venció.

— Te sigo, dijo Gaetano.

Al punto la tapada echó á andar y Gaetano la siguió.

La guia de Gaetano tomó por la calle Maqueda que recorrió en sus tres cuartas partes de longitud; luego se detuvo delante de un delicioso palazzino, sacó una llave de su bolsillo, abrió una puerta que daba á una escalera de la que se habian apagado, á prevención, todas las luces, y dijo á Gaetano que la siguiese: levantándose la cola de su manto, subió con él una veintena de escalones, le introdujo en una antecámara débilmente iluminada, y atravesó un rico salon: luego, abriendo una puerta que dejó llegar hasta el bello pescador esa at-

mósera tibia y perfumada que se escapa del retrete de una mujer linda :

— Señora, dijo, es él.

— ¡Oh! ¡Dios mio, Teresita, respondió una voz dulce, cuyo acento estaba lleno de temor, jamás me atreveré á verle!

— ¿Y eso porqué, señora? dijo Teresita entrando y dejando la puerta abierta para que Gaetano pudiese ver á su señora medio reclinada sobre un sofá y en el mas delicioso deshabillé que se puede ver; ¿porqué?

— ¡Porque no me amaré!

— ¡No amaros, señora! exclamó Gaetano precipitándose en la habitacion; ¡no amaros! ¿Acaso lo creéis vos misma, y creéis que sea imposible cuando se os ha visto una vez? ¡Oh, no temais, no temais nada, señora! ¡Soy vuestro en cuerpo y alma!

Y Gaetano cayó á los piés de la jóven, que ocultó su cabeza en sus manos como un último movimiento de pudor.

Teresita salió y los dejó juntos.

Gelsomina esperó hasta las cuatro de la madrugada, pero inútilmente. Gaetano no se presentó.

El dia siguiente fué un triste dia para la pobre niña; era su primer dolor de amor. La pareció que el sol jamás se pondría; por fin llegó la tarde, la noche llegó, las horas pasaron, pesadas y eternas, mas al cabo pasaron. Dieron las doce de la noche.

La pobre niña no se atrevia á abrir su ventana; en fin, la señal se oyó, y entonces se lanzó contra la celosía y pasó á la vez sus dos manos para buscar las de Ga-

tano. Este estaba en su puesto, pero frio y contrariado conoció que se hacia traicion, y quiso volverla á hablar aquel lenguaje de amor á que él la habia acostumbrado; pero faltaba á su voz aquel acento de conviccion que subyuga, faltaba á sus palabras ese ardor del alma que atrae. Gelsomina conoció instintivamente que la amenazaba alguna gran desgracia y no respondió sino llorando. A la vista de aquellas lágrimas que resbalaban desde el rostro de Gelsomina hasta el suyo, Gaetano volvió á sentir por un instante su antiguo amor. Gelsomina, engañada, volvió á entregarse á él. Entonces ella fué quien pidió perdon á Gaetano, acusándose de ser exigente, viva y celosa. Gaetano se estremeció al oír aquella última palabra pronunciada por la primera vez entre ellos; porque conocia que no podria engañar largo tiempo á Gelsomina, acostumbrada como estaba á verle todas las noches.

Entonces él provocó una disputa.

— Os quejais de mí, la dijo, Gelsomina, cuando es á mí á quien corresponde quejarse de vos.

— ¡A vos.... á vos quejaros de mí! exclamó la jóven; ¿qué os he hecho yo?

— No me amais.

— ¡No os amo! ¡decís que no os amo! ¡Dios mio! ¡dice que no le amo!

Y la jóven levantó sus bellos ojos humedecidos con sus lágrimas hácia el cielo, como para tomarle por testigo de que si alguna vez se habia lanzado una injusta acusacion, era aquella.

— A lo menos, replicó Gaetano embarazado para

sostener él mismo una asercion cuya falsedad reconocia en el fondo de su corazon; á lo menos no me amais como yo quisiera que me amáseis.

— ¿Y cómo podria yo amaros mas de lo que os quiero? preguntó la jóven.

— ¿Es amar verdaderamente, dijo Gaëtano, rehusar algo al hombre á quien se ama?

— ¿Qué os he rehusado yo nunca? dijo sencillamente Gelsomina.

— Todo, dijo Gaëtano, porque rehusar todo es no conceder sino á medias.

Gelsomina se ruborizó, porque comprendió lo que la exigia su amante.

Luego, pasado un momento de silencio, reflexivo por parte de la jóven, impaciente por la del jóven :

— Escuchad, Gaëtano, le dijo. Sabeis lo que ha sido convenido entre mi padre y vos. Me da 1,000 ducados de dote, y ha exigido de vos que lleváseis una suma semejante; le habeis dicho que dos años bastarian para reunirlos, y habeis aceptado la condicion que os ha puesto de esperar dos años. Yo por mi parte, ya lo veis, Gaëtano, he hecho lo que he podido por haceros el tiempo menos largo. Ved un año que nos hemos amado, y sin embargo; para mí á lo menos, este año ha pasado como un dia. ¡Pues bien! si temeis la lentitud del año que nos queda que pasar, si, como lo decís, creéis que cuando una jóven ha dado su corazon todavía la queda algo que conceder, ¡y bien! prevenid al sacerdote de Santa Rosalía, venid por mí mañana á las diez de la noche en vez de á las doce : proveeos de una escala para

que pueda bajar de esta ventana, y entonces voy á la iglesia de la santa, el sacerdote nos une secretamente (1), y luego... la esposa no tendrá ya nada que rehusar á su marido.

Gaëtano habia escuchado esta proposicion en silencio y palideciendo; al fin, viendo que Gelsomina esperaba con ansiedad su respuesta :

— ¡Mañana, dijo, mañana! Mañana no puedo, es imposible.

— ¡Imposible! ¿y porqué?

— Me he ajustado con dos ingleses para llevarlos á las islas : eso es lo que me tiene triste. Me veo obligado á abandonaros por siete ú ocho dias, Gelsomina.

— ¡Tú abandonarme por siete ú ocho dias! exclamó esta cogiéndole la mano como para detenerle.

— Me han ofrecido cuarenta ducados por este viaje, y tenia tal deseo de reunir la suma que exige tu padre, que he aceptado.

— ¿Es verdad lo que me dices? preguntó la jóven dudando por la primera vez de las palabras de su amante.

— ¡Te lo juro, Gelsomina! ¡Y bien! á mi vuelta veremos de hacer lo que me pides.

— ¡Lo que te pido! exclamó la jóven admirada; ¡gran Dios! ¿Soy yo quien te ruega? ¿Soy yo quien te da prisa? Dices que pido cuando creo conceder... ¿Acaso no nos comprendemos ya, Gaëtano?

(1) En Sicilia, y aun en el resto de Italia, donde no hay actos civiles, los matrimonios celebrados así, aun sin el consentimiento de los padres, son completamente válidos.

— Si tal, Gelsomina; solo que tú desconfías de mi palabra, y no quieres conceder nada sino á tu marido. ¡Pues bien! sea; á mi vuelta haré lo que exiges.

— ¡Lo que exijo! ¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó Gelsomina; ¿qué es lo que ha pasado, pues, entre nuestros corazones?

En seguida, habiendo dado las dos, alargó su mano á Gaetano, esperando que todavía la detendría. Pero Gaetano, culpable para con Gelsomina, se hallaba incómodo frente á ella, y besando la mano de la jóven, saltó á tierra diciéndola:

— Hasta dentro de ocho días, Gelsomina.

— Hasta dentro de ocho días, murmuró la jóven dejando caer la celosía con un profundo suspiro, y viendo á Gaetano alejarse.

Dos veces Gaetano, arrepintiéndose sin duda, en el fondo de su corazón, se detuvo para volver á dar un adiós mas tierno á Gelsomina; dos veces la jóven, con aquella esperanza, llevó vivamente la mano á la celosía, enteramente dispuesta al perdón. Pero esta vez, como la primera, el mal genio de Gaetano le venció, continuó alejándose de Gelsomina, y desapareció al fin tras el ángulo de la calle.

La jóven permaneció de pié detrás de la celosía hasta que vió aparecer el día; entonces se arrojó vestida en su lecho.

Hácia las tres de la tarde, en el momento en que el viejo Mario acababa de salir, el judío que habia ido ya á ofrecer diamantes á Gelsomina, entró con otro neceser: la jóven estaba sentada, con los brazos sobre sus rodillas

y la cabeza inclinada sobre el pecho, presa de tan profundo sueño, que no le vió entrar y no se apercibió de su presencia sino cuando estuvo próximo á ella. Le miró, le reconoció, y se estremeció como si hubiese tocado una serpiente.

— ¿Qué preguntais? exclamó.

— Pregunto, dijo el judío, si vuestra corona de jazmin y siemprevivas continúa satisfaciendo á Gaetano.

— ¿Qué quereis decir? exclamó la jóven.

— Digo que es un muchacho lleno de ambicion y de orgullo; podría ser que se dejara de ese adorno sencillo y que se pusiera el día menos pensado en busca de una diadema mas preciosa.

— Gaetano me ama, dijo la jóven palideciendo, y estoy segura de él, como él lo está de mí. Por otra parte, no querrá engañarme; tiene el corazón demasiado grande para eso.

— Tan grande, dijo el judío riendo, que hay en su corazón espacio para dos amores.

— Mentis, dijo la jóven intentando dar á su vez una seguridad que no tenia; mentis, dejadme.

— ¡Miento! dijo el judío, ¿y si por el contrario, te diese la prueba de que digo verdad?

Gelsomina le miró con ojos en que se pintaban todas las angustias de los celos; luego, moviendo la cabeza como para dar un mentís á la voz de su propio corazón:

— Imposible, dijo, imposible.

— Y sin embargo, dijo el judío, no viene esta noche, ni vendrá mañana ni pasado mañana.

- Marcha hoy para las islas.
- ¿Te lo ha dicho?
- ¡No era la verdad, Dios mio! exclamó la jóven con la expresion del mas profundo dolor.
- Gaëtano no ha abandonado á Palermo, dijo el judío.
- ¿Pero parte esta noche? preguntó con ansiedad Gelsomina.
- No parte ni esta noche, ni mañana, ni pasado mañana : se queda.
- ¡Se queda! ¿Y porqué se queda?
- ¿Porqué se queda? os lo diré. Para hacer el amor á una bella marquesa.
- ¡Quién es esa mujer! ¿dónde está esa mujer! ¡quiero verla! ¡quiero hablarla!
- ¿Qué tienes tú que ver con esa mujer? Es Gaëtano quien te hace traicion, es de Gaëtano de quien necesitas vengarte.
- ¡Vengarme! ¿y cómo?
- Volviéndole infidelidad por infidelidad, traicion por traicion.
- ¡Salid! exclamó Gelsomina, ¡sois un infame!
- ¿Me echais? dijo el judío, me voy de aquí, pero vos me volvereis á llamar!
- Jamás.
- Me llamo Isaac; vivo en la Salita de San Antonio, número 27. Esperaré vuestras órdenes para volver.
- Y salió dejando á Gelsomina anonadada de la nueva que acababa de saber.
- Todo el día, toda la noche se pasaron en una ince-

sante lucha. Lo que Gelsomina sufrió durante aquella noche y aquel día no puede describirse. Veinte veces cogió la pluma, veinte veces la volvió á arrojar. En fin, al día siguiente á las tres, llamaron á la puerta del judío; salió á abrir. Una mujer cubierta de un manto negro entró; en seguida, en cuanto la puerta se hubo cerrado, aquella mujer levantó su velo. Era Gelsomina.

— Héme aquí, dijo.

— Habeis hecho mas que lo que yo esperaba, dijo el judío, contaba con que sería yo quien os hiciese venir y sois vos la que habeis venido.

— Era inútil dar parte á nadie, dijo Gelsomina.

— En efecto, esto es mas prudente, respondió el judío. ¿Qué quereis saber de mí?

— Saber la verdad.

— Ya os la he dicho.

— La prueba.

— Podreis tenerla cuando querais.

— ¿Cómo?

— Ocultándoos en la calle Maqueda, frente al número 140. Allí hay un palacio con columnas que parece hecho á propósito para eso.

— ¡Bien! ¿y despues?

— ¿Despues? A las doce de la noche vereis á Gaëtano entrar; á las dos le vereis salir.

— ¿A media noche, calle Maqueda, frente al número 140?

— Perfectamente.

— ¿Y la noche próxima irá?

— Va todas las noches.

— Todo servicio merece recompensa, replicó sonriendo con amargura Gelsomina. Acabais de hacerme un servicio, ¿en cuánto le estimáis?

El judío abrió el estuche que contenía las alhajas y lo presentó á Gelsomina.

— Escoged entre estos diamantes el que mejor os convenga, dijo, y estaré pagado.

— Callaos, dijo la jóven.

Y arrojando sobre una silla una bolsa en la que había cinco ó seis ducados y otros tantos duros:

— Tomad, le dijo, hé ahí lo que poseo; tomadlo. Os doy gracias.

Y salió sin querer escuchar nada de lo que el judío la decía.

Por la noche, á las diez, fué á abrazar como de costumbre al anciano Mario en su cama, volvió á entrar en su habitación y se envolvió en un gran manto negro; luego á las once pasó suavemente por el corredor, miró á través del agujero de la llave del cuarto de su padre y se aseguró de que la luz estaba apagada. Calculando que aquella oscuridad era una prueba de que el anciano dormía, abrió entonces suavemente la puerta de la calle, cogió la llave para poder volver cuando quisiera y salió.

Diez minutos despues estaba en la calle Maqueda, oculta detrás de una columna del palacio Giardinelli, frente al número 140.

A las doce menos algunos minutos, vió adelantarse un hombre envuelto en una capa. Al primer golpe de vista le conoció: era Gaetano. Tuvo que apoyarse en la columna para no caer.

Gaetano pasó y volvió á pasar, como tenía costumbre de hacerlo por ella. Muy luego, á aquella misma señal, que tantas veces había hecho latir su propio corazón, Gelsomina vió abrirse la puerta y Gaetano desapareció.

Gelsomina creyó que iba á morir, pero los celos la volvieron las fuerzas que los mismos celos la habían quitado. Se sentó en los escalones del palacio y oculta en la sombra proyectada por las columnas, aguardó.

Pasaron las horas; contó una despues de otra. Serían las tres dadas, cuando la puerta se abrió; Gaetano volvió á aparecer, una mujer vestida con un peinador de muselina blanca le acompañaba. No había ya duda: Gelsomina era burlada.

Por otra parte, como si Dios hubiese querido quitarla toda esperanza de un solo golpe, la dieron tiempo los dos amantes para asegurarse de su desgracia. Ni uno ni otro podían separarse, su adiós duró cerca de media hora.

Al fin Gaetano se alejó; la puerta se volvió á cerrar detrás de él. Gelsomina de pié en las escaleras del palacio, parecía una estatua de mármol. En fin, como si se desprendiese de su base dió algunos pasos adelante; pero sus rodillas flaqueaban bajo su paso; quiso gritar, pero la faltó la voz, y arrojando un grito ahogado, que ni aun siquiera llegó hasta Gaetano, cayó tendida sobre el pavimento.

Cuando volvió en sí se encontró sentada en los escalones del palacio Giardinelli, un hombre la hacía respirar sales: este hombre era el judío.

Gelsomina miró á aquel hombre con terror : parecia un demonio empeñado en su perdicion. Registró sus bolsillos para ver si tenia algun dinero con que pagarle sus cuidados ; mas siendo inútil su registro :

— No llevo nada conmigo, le dijo, os haré recompensar.

— Mañana iré yo mismo á buscar mi recompensa, dijo el judío.

— ¡No vayais ! exclamó Gelsomina retrocediendo ante él, me causais horror.

El judío, juzgando que en aquel momento seria mal acogido para renovar sus proposiciones, se echó á reir y dejó á Gelsomina dueña de retirarse. Gelsomina aprovechó la libertad que la daba el judío, y se alejó con paso rápido. Bien pronto se encontró á la puerta de su casa. Habia llegado allí sin volver la cabeza atrás, sin mirar ni á derecha ni á izquierda. Todas las alucinaciones de la fiebre pasaban delante de sus ojos, todos los rümares del delirio susurraban á sus oidos.

Quiso abrir la puerta, mas no la fué posible encontrar la cerradura ; creyó que iba á volverse loca, y se tendió, pidiendo misericordia á Dios, sobre el banco de piedra que estaba bajo su ventana.

A las cinco de la mañana, al salir para abrir las vidrieras, su padre la encontró allí.

No estaba desmayada, pero tenia los ojos fijos, las manos crispadas, y sus dientes chocaban unos contra otros como si saliese de agua helada.

Su padre quiso preguntarla, pero nada respondia. Como apenas era de dia, nadie la habia visto aun. La

tomó en sus brazos, la llevó como á un niño y la entregó á la anciana Assunta que la desnudó y la acostó sin que hiciese la menor resistencia, sin que pronunciase una sola palabra.

Apenas acostada, la fiebre la acometió. Mario queria enviar á buscar un médico, pero Gelsomina dijo que no queria ver mas que á su confesor fray Leonardo.

Fray Leonardo llegó, y estuvo mas de una hora con la jóven. Cuando salió del cuarto de Gelsomina, el anciano padre aguardaba para interrogarle, pero el confesor nada podia decir. Meneó la cabeza tristemente, y á todas las preguntas que le hizo el anciano se contentó con responder que Gelsomina era una santa.

Marchándose el confesor llegó el judío, dijo á Mario que habia sabido que su hija estaba enferma, y que teniendo él una porcion de secretos farmacéuticos se prometia curarla si le querian introducir donde ella estaba.

El anciano hizo preguntas á Gelsomina si queria recibir á un judío que decia ser médico ; Gelsomina dijo á la anciana Assunta la hiciese su retrato, y habiendo reconocido á su perseguidor :

— Ana, respondió, vé á decir á ese hombre que vuelva por aquí mañana á la misma hora.

Al dia siguiente el judío no dejó de asistir á la cita ; pero cuando preguntó al anciano Mario dónde estaba su hija, este le respondió llorando quea q uella misma mañana Gelsomina habia entrado novicia en el convento de Nuestra Señora del Calvario.

Gabriello habia contado con la desesperacion para

perder á Gelsomina ; pero en aquella ocasion, súplicas, amenazas, oro, todo fué inútil ; se las habia con una tornera incorruptible.

Cinco dias pasaron sin hacer nada nuevo. El término pedido por Gabriello al príncipe de G... llegó, se presentó en su casa confundido. Era la prima vez que quedaba chasqueado tan completamente.

— ¡ Y bien ! dijo el príncipe de G... ¿ dónde está esa joven ?

— ¡ A fe mia, monseñor ! dijo Gabriello, hace doce dias que Dios y el diablo la juegan á los dados ; pero esta vez Dios ha sido el mas astuto y ha ganado.

— ¿ Así que renuncias á ella ?

— Se ha refugiado en el convento de Nuestra Señora del Calvario, y á menos que no la saquemos de allí á la fuerza, no veo medio de hacerla salir.

— Gracias por el consejo ; pero no quiero malquistarme con el obispo ; además, era negocio tuyo y no mio. Tú te habias encargado de traerme aquí esa jóven ; has sido chasqueado, y sobre tí es sobre quien recaerá la vergüenza.

— Espero que monseñor guardará el secreto, dijo Gabriello profundamente humillado.

— ¡ El secreto ! exclamó el príncipe ; ¡ ah ! bien, sí, ¡ el secreto ! Diré por todas partes, por el contrario, que queria yo á una chiquilla, una griseta, una obrerilla, que te he dado carta blanca para el dinero, y que á pesar de todo, has dado *fasco*.

— ¡ Pero monseñor quiere, pues, perderme ! exclamó Gabriello desesperado.

— No, pero quiero que se sepa lo que se puede esperar de tu palabra ; es una pequeña indemnizacion que me reservo.

— ¿ Está decidido vuestra excelencia á hacerme esa afrenta ?

— Enteramente decidido.

— Pero ¿ y si no hubiese yo perdido toda esperanza ?

— Entoncez es otra cosa.

— Si pidiese tres meses á vuestra excelencia para intentar un nuevo medio.....

— Te doy seis.

— Y durante esos seis meses, ¿ vuestra excelencia guardará el secreto sobre este primer descalabro ?

— Seré mudo. Ya ves que te hago buen partido.

— Sí, excelencia ; por tanto ahora no es ya cuestion de dinero, es cuestion de honra ; ó saldré bien en mi empresa, ó perderé mi nombre.

— Así, pues, ¿ dentro de seis meses ?

— Acaso antes, pero nunca mas tarde.

— Adios, señor Gabriello.

— Hasta la vista, excelencia.

Gabriello entró en su casa. Se le habia ocurrido hablando con el príncipe de G... una idea luminosa que tenia necesidad de madurar. Todo el dia y toda la noche estuvo dándola vueltas en su cabeza ; al dia siguiente comenzó á ponerla en ejecucion.

Desde por la mañana fué á ver á fray Leonardo en su celda, se arrojó á sus piés, diciéndole que era un gran ecador, pero que la gracia de Dios le habia tocado, y

que se dirigia á él para que le sostuviese en el buen camino, fuera del que habia marchado por tanto tiempo.

Le confesó en seguida el infame oficio que ejercia, dándose golpes de pecho con tanta contricion y remordimientos á cada nueva confesion que salia de su boca, que fray Leonardo, viendo en aquel hombre un milagro de conversion, no pudo menos de preguntarle cómo le habia ocurrido el arrepentimiento.

Entonces Gabriello le contó que habia estado encargado por un gran señor de perder á Gelsomina, pero que apenas la habia visto se habia enamorado de ella, y ni aun se habia atrevido á hablarla; por largo tiempo habia combatido aquel amor, sabiendo bien que era indigno de tan casta jóven; pero al fin habia pensado que no hay crimen tan grande que el arrepentimiento no borre, conducta tan manchada que la absolucion no lave. Habia, pues, tomado la resolucion de ir á arrojarse á los piés del padre de Gelsomina y decírsele todo, cuando supo que la que amaba acababa de entrar en un convento. Entonces, en su desesperacion, habia ido á ver á fray Leonardo para decirle que su partido estaba tomado, y que si Gelsomina se hacia religiosa, él por su parte estaba decidido á hacerse religioso, abandonando la mitad de aquellos bienes tan mal adquiridos á los pobres, y haciendo de la otra mitad una fundacion para casar alguna jóven pobre y buena que hubiera rehusado enriquecerse á expensas de su honor.

Semejante determinacion conmovió al buen capuchino hasta hacerle derramar lágrimas; dijo á su penitente

que no estaba todo perdido todavía, y que Gelsomina acaso no persistiria en una resolucion tomada en un momento de exaltacion que entregaba á su anciano padre á la desesperacion. Además prometió usar de toda su influencia sobre ella para determinarla á no tomar por una vocacion séria aquel vértigo religioso que se habia apoderado de sus sentidos cuando habia mirado al mundo desde la altura de su dolor. Gabriello se arrojó á los piés del monje y le besó las rodillas, pidiéndole permiso para volver todos los dias.

Fray Leonardo contó todo al padre de Gelsomina; el pobre viejo compadeciéndose de un dolor de que él participaba, quiso ver á aquel pobre jóven para llorar con él. El fraile prometió llevarle á la mañana siguiente.

El dia siguiente á la hora convenida, el padre de Gelsomina vió llegar á fray Leonardo y á su penitente. Los dos desconsolados se arrojaron en los brazos el uno del otro; Gelsomina era el lazo que los unia; así no hablaron sino de ella: eran los primeros momentos de consuelo que el anciano Mario experimentaba desde que su hija estaba en el convento. Por tanto, cuando Gabriello le dejó, le hizo prometer que volveria á verle al dia siguiente.

No solo Gabriello se guardó muy bien de faltar á semejante cita, sino que fué mucho antes de la hora indicada. El anciano le dió gracias porque fuese mas que exacto, y pasaron una parte del dia juntos.

En cuanto á Gaetano, ni aun se oia hablar de él; estaba loco de remate por su pretendida marquesa.

Fray Leonardo veía á Gelsomina todos los dias. La contó desde luego, sin que ella fijase mucha atencion en ello, la conversion milagrosa que habia hecho; despues la pintó la desesperacion de Gabriello al perderla. Gelsomina sabia lo que eran los dolores de amor, y compadeció en el fondo de su corazon al jóven que los experimentaba.

Algunos dias despues, Gelsomina consintió en ver á su padre, pero á condicion de que no intentaria disuadirla de su resolucion de hacerse religiosa; el anciano Mario prometió todo lo que quiso, y no la habló todo el tiempo mas que de Gabriello, que tenia para con él todas las atenciones que un hijo pudiera tener para con su padre. Gelsomina dió gracias á Dios de que proporcionase á su padre un hijo en cambio de la que habia perdido.

Pasado algun tiempo, viendo fray Leonardo que Gelsomina estaba mas tranquila, comenzó á hablarla de los verdaderos deberes de una cristiana. El primero de aquellos deberes, segun él, era honrar á sus padres y obedecerles en todo; un padre y una madre eran en este mundo la divinidad visible para sus hijos.

Hácia la misma época, el anciano Mario se aventuró á hablarla de las antiguas ilusiones paternas, que habia soñado algunas veces en la felicidad que experimentaria muriendo entre los brazos de sus nietecitos; luego preguntó á Gelsomina con lágrimas en los ojos, si debería renunciar para siempre á aquella esperanza. Gelsomina lloró, mas no respondió nada.

Un dia Gelsomina se decidió á preguntar á fray Leo-

nardo qué habia sido de Gaetano. Fray Leonardo respondió que era siempre el mismo, pero que se habia hecho mas orgulloso, y que se le veia en todas las fiestas con cintas en su sombrero, sortijas en sus dedos, y magnificas fajas en su cintura. Gelsomina suspiró de lo mas profundo de su pecho; era evidente que habia sido completamente olvidada.

Cuando fray Leonardo salia de la celda de la novicia, el anciano Mario entraba en ella. Cada dia estaba mas reconocido á los cuidados de que le rodeaba Gabriello, tanto mas desinteresados, cuanto que una sola recompensa era digna de ellos, y aquella recompensa la hacia imposible la resolucion de Gelsomina.

Pasaron cuatro meses; en aquellos cuatro meses habian variado las cosas mejorando considerablemente; conocia Gelsomina que no seria feliz; pero comprendia que podia hacer mucho por la dicha de los demás.

Así la primera vez que vió á su padre llorar al pensar que la época en que debia tomar el velo se acercaba, le consoló ella misma, diciéndole que tuviese valor, que empezaba á conocer que Dios la daria fuerzas para desterrar su amor, y que como el solo temor de volver á ver á Gaetano la habia determinado á huir del mundo, acaso volveria al mundo en el momento en que pudiera verle sin temor. Con aquella esperanza experimentó el anciano tanta alegría, que Gelsomina tuvo casi remordimientos por haber causado á su padre tan gran dolor.

Algunos dias despues, fray Leonardo habló á la novicia de Gabriello y del amor profundo que conservaba

por ella. Gelsomina no pudo menos de comparar aquel amor sin esperanza con el de Gaetano, que podía esperar todo, y se compadeció del pobre jóven con mas ternura que lo habia hecho hasta allí.

Esto dió algun ánimo al pobre padre : en la primera entrevista que tuvo con su hija la manifestó su corazon ; no faltaba á Gabriello mas que ser el esposo de Gelsomina para que Mario viese en él un verdadero hijo : solo faltaba el lazo social , porque Gabriello tenia para con el anciano hacia cinco meses, las atenciones, el amor y el respeto que el hijo mas tierno pudiera tener para con su padre.

Gelsomina tendió la mano al anciano, y le pidió ocho días para consultar su corazon.

Aquellos ocho días, los pasó Gelsomina en la oracion y en la soledad : continuaba amando á Gaetano, pero con un amor que no tenia nada de terrestre, al mundo como los seres del cielo aman á las criaturas de la tierra. Sentia en sí si no el deseo, al menos la necesidad de pertenecer á otro, y de ser una digna esposa y una digna madre, como habia sido una santa doncella.

Cuando su padre volvió el día señalado, le dijo, pues, que si su felicidad dependia de su consentimiento, le daba, si no con alegría, al menos con resignacion. El anciano Mario cayó de rodillas delante de su hija, mas ella le cogió en sus brazos y sonrió viéndole tan feliz.

Entonces la pidió el permiso de presentarla á Gabriello al dia siguiente ; pero le respondió que no tenia necesidad de verle, que recibiria su marido de las manos de su padre, y que ese marido, quien quiera que fuese,

tendria derecho á su estimacion y á su abnegacion ; que esos dos sentimientos eran los únicos que se le podian exigir, y que solo el tiempo podria hacer nacer otros.

El matrimonio se fijó para de allí á quince dias, los cuales pasó Gelsomina en oracion y en ejercicios religiosos : luego, en la mañana del décimoquinto dejó el convento para ir á la iglesia, donde le aguardaba su prometido. Al pié del altar fué donde vió á Gabriello, y como no le habia visto sino disfrazado de judío, con barba y peluca, no le reconoció.

De vuelta, todos felicitaron á Gabriello por su dicha, todos le dijeron que se habia casado con una verdadera santa.

Pero se libró de aquellas felicitaciones ; tenia una visita que hacer.

Anunciaron al príncipe de G... que Gabriello esperaba en la antesala.

— Hacedle entrar, dijo el príncipe.

Gabriello entró.

— ¡ Y bien ! preguntó el príncipe, ¿ cómo estamos, de eso ? Mañana termina el plazo.

— Y esta noche es cuando os entrego á Gelsomina, dijo Gabriello.

— ¿ Y cómo has hecho eso, demonio ? exclamó el príncipe.

— Monseñor, es muy sencillo, viendo que era incorruptible, me he casado con ella.

— ¿ Y....

— Y esta noche ocupais mi lugar, y hé ahí todo. Un hombre honrado no tiene mas que una palabra ; yo

había empeñado la mia con vuestra excelencia, y la cumplo.

A la noche sucedió lo que había dicho.

Gelsomina ignoró siempre aquel infame trato, lo que no impidió muriese al cabo de tres años de matrimonio, dejando á Gabriello una hija, que al presente tiene doce años, y que está dispuesto á vender como vendió á su madre.

Se ve que aquel hombre honrado no había usurpado su nombre de *il signor Mercurio*, de que está tan orgulloso que ha abandonado completamente su nombre de pila y el de familia.

En cuanto á Gaëtano, cuando supo que había sido engañado, y que tomando una cortesana por una marquesa, había perdido aquel tesoro de amor que se llamaba Gelsomina, montó de tal modo en cólera, que dió á la catanesa tal puñalada que faltó poco para que muriese.

De lo que resultó para él una condena de veinte años á galeras.

Le encontramos un mes despues en Vulcano, donde, como se dice en el lenguaje de los presidios, estaba cumpliendo su tiempo.

SANTA ROSALÍA.

Cuando il signor Mercurio acabó su relacion, Jadin, el baron de S... y el vizeconde de R... entraron : el mozo de la fonda les había proporcionado un balcon en la calle del Cassaro, é iban á buscarme para que le ocupase con ellos.

Se sonrieron al verme mano á mano con il signor Mercurio, que por su parte al verlos, se retiró lo mas discretamente del mundo, llevando los dos duros con que yo había pagado su abominable historia.

Yo, teniendo sobre mi corazon la sonrisa de aquellos señores, y experimentando hácia aquel hombre un disgusto que no podian comprender, puesto que no conocian la causa, llamé al mozo y le dije, que si il signor Mercurio volvía á entrar en mi habitacion, dejaria al punto la fonda.

Aquello produjo sus frutos, y estoy seguro que todavía hoy paso yo en Palermo por un puritano de primera clase.

No pedí á aquellos caballeros mas que el tiempo preciso para vestirme. Como la casa en que habíamos alqui-